



**ALOCUCIÓN DEL ENVIADO ESPECIAL DEL SANTO PADRE
S. E. R. MONS. EDGAR PEÑA PARRA
SUSTITUTO DE LA SECRETARÍA DE ESTADO**

APERTURA DEL II CONGRESO INTERNACIONAL DE HERMANDADES Y
PIEDAD POPULAR
SEVILLA 4 DE DICIEMBRE DE 2024

Excelencia Reverendísima Mons. José Ángel Saiz Meneses,
Arzobispo de Sevilla;
Excmo. y Rvdmo. Sr Nuncio de Su Santidad en España;
Excmo. Sr. Presidente de la Junta de Andalucía;
Excmo. Sr. Alcalde de Sevilla;
Ilustrísimo Sr. Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías
de Sevilla;
queridos hermanos en el episcopado, queridos sacerdotes;
señoras y señores:

En primer lugar, quisiera agradecerles la cálida acogida que me han brindado, así como la amabilidad de haberme asignado el discurso de apertura de este importante evento. Les trasmito, con mucho gusto, el saludo afectuoso del Santo Padre, asegurándoles también su acompañamiento espiritual en estos días de reflexión. Quisiera también dar en su nombre la más cordial bienvenida a todos los que participan en este Segundo Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular, bajo el lema inspirador “Caminar en esperanza”.

Como miembros de una comunidad de fe, nos adentramos en un tiempo de encuentro, reflexión, oración y comunión, en busca de una comprensión más profunda del significado y la importancia de las hermandades y cofradías en la Iglesia de hoy, mientras vamos avanzando por los senderos de la vida espiritual, confiando en el Señor Jesús y bajo la mirada de la Madre de Dios.

La hermosa ciudad de Sevilla, cuyas calles irradian la riqueza de siglos de historia, fe y tradición, nos acoge estos días en su majestuosa Catedral, “crisol de culturas y fusión de estilos”, donde celebramos este encuentro internacional dedicado a una realidad tan arraigada en el corazón y la vida de este pueblo.

Caminar en esperanza

El lema del Congreso, “Caminar en esperanza”, nos remite, sin ninguna duda, a la Sagrada Escritura. En efecto, la Biblia nos ofrece muchos ejemplos de personas que han caminado como peregrinos, fiándose de la promesa de Dios, incluso en medio de muchas pruebas y tribulaciones. Recordemos a Abrahán que, obedeciendo la voz de Dios, salió de su tierra con la promesa divina de convertirse en padre de muchas naciones. A Moisés que, con el auxilio del Señor, guio al pueblo de Israel a través del desierto hacia la tierra prometida. Y así como ellos, encontramos muchos personajes más del Antiguo y del Nuevo Testamento. Fue la esperanza puesta en Dios la fuerza que los sostuvo en su camino. En la Carta a los Romanos, san Pablo dice que la virtud esperanza no descansa en nuestras propias fuerzas, sino en el poder transformador de Dios que obra en nosotros y a través de nosotros (cf. *Rm* 15,13).

Con la convicción de que «la esperanza no defrauda» (*Rm* 5,5), les formulo mis sinceros votos a fin de que el testimonio de las grandes figuras de la historia de la salvación sean para ustedes ejemplo y estímulo, de tal manera que estos días de Congreso lleguen a ser un tiempo de verdadera renovación espiritual, así como de fortalecimiento comunitario; y apoyados en el Dios de la esperanza, encuentren juntos los recursos necesarios para seguir adelante con certeza y determinación en el común camino de fe.

El fundamento de la vida cristiana

El fundamento de la vida de todo cristiano y, por tanto, de cada hermandad y cofradía es el Señor. Como nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica, el santo bautismo es «el pórtico de la vida en el espíritu [...]. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión» (n. 1213). El bautismo, pues, identifica a cada cristiano con Jesús, lo “reviste de Cristo” «luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre» (*Jn* 1,9).

Es el Señor quien da orientación y sentido a la pertenencia a las cofradías y hermandades, que deben cimentarse siempre en Jesucristo, piedra angular (cf. *Ef* 2,20), para que no pierdan su identidad y cometido.

La llamada a la santidad

La llamada a la santidad es un camino de “configuración con Cristo” común a todos los bautizados. La santidad es, ante todo, un don de Dios que nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria y nos permite unirnos a Cristo, para vivir, con la gracia del Espíritu Santo, como hijos de Dios, dispuestos a cumplir a fondo su voluntad. Este camino no se recorre apoyados en el propio esfuerzo, sino en la gracia de Dios.

Nos lo recuerda el Papa Francisco en la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* cuando señala que «todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (n. 14). De hecho, es la gracia recibida en el sacramento del bautismo la que está llamada a fructificar en un camino de santidad (cf. *ibíd.*, 15). La gracia es la que toma la iniciativa, de manera que «sólo a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más» (*ibíd.*, 56).

Es esta vocación bautismal a la santidad de cada uno de sus miembros, la que permite a las hermandades y cofradías, ayudadas por la piedad popular hecha vida concreta, llevar adelante la misión de ser testigos creíbles de la santidad de Dios en medio de la sociedad. Por ende, para llevar a cabo esta misión es urgente cuidar en la vida de las hermandades y cofradías una seria formación espiritual, acompañada de un estímulo continuo al ejercicio de las virtudes, teniendo como referencia los ejemplos de perfección cristiana que no faltan en la historia de sus asociaciones. En efecto, muchos de sus hermanos y hermanas, con valentía y fe, se han distinguido a lo largo de los siglos como sinceros y generosos obreros del Evangelio, llegando, en no pocos casos, hasta el sacrificio de la propia vida. Los invito a que sigan sus pasos.

Hoy es más necesario que nunca cultivar un verdadero impulso ascético y misionero para afrontar los numerosos desafíos de la época moderna y contrarrestar los límites de la cultura contemporánea, en la que se manifiestan «la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 111). Para oponerse a esas situaciones perniciosas, quisiera señalar algunas actitudes que permitan reflejar la imagen de Cristo en el seno de las hermandades y cofradías.

La fraternidad, signo distintivo

La fraternidad es el antídoto al aislamiento contemporáneo. Las hermandades, que han existido a lo largo de la historia en diversas formas y bajo diferentes nombres, han constituido siempre una “viva experiencia espiritual” (cf. *Documento de Aparecida*, 259) y un reflejo de fe, devoción y vida eclesial comunitaria. Estas instituciones han desempeñado, además, un papel fundamental en la cohesión social, en el apoyo mutuo y en la promoción de valores morales cristianos. Con la vida en hermandad se supera el aislamiento y la soledad, porque «la santificación es un camino comunitario» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 141), fraternal, en el que la comunidad «que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre» (*ibíd.*, 145).

En este contexto, es importante recordar cómo la pertenencia a una cofradía o a una hermandad no es algo aleatorio, sino un hecho que está íntimamente ligado a la pertenencia familiar. La familia cristiana, “iglesia doméstica”, al generar a sus hijos, se convierte en la primera y principal encargada de transmitirles el misterio salvífico de Dios. Los padres son los primeros anunciadores de la fe para sus hijos. Es un hecho que en países donde la fe ha sido perseguida durante mucho tiempo, esta ha sido preservada y transmitida gracias a los padres. La vida de fe de las familias ha moldeado, durante generaciones, los hábitos y prácticas religiosas. Es apropiado que los padres transmitan a sus hijos este espíritu sencillo y fuerte, viviendo su relación con Dios en todas las circunstancias de la existencia, no sólo extraordinarias, sino también comunes.

Las cofradías no son simples sociedades de ayuda mutua o asociaciones filantrópicas, tampoco conglomerados sin enganche sobrenatural ni grupos que buscan favorecer y proteger intereses personales y corporativos.

Son un conjunto de hermanos que, queriendo vivir el Evangelio con la certeza de ser parte viva de la Iglesia, se proponen poner en práctica el mandamiento del amor que impulsa a abrir el corazón a los demás, especialmente a los que están atravesando dificultades y carencias. La fraternidad se refleja en el vínculo de hermandad que une a todos los miembros de su comunidad, en el respeto mutuo que prevalece y en el apoyo concreto en tiempos de alegría y de dolor. La fraternidad permite construir relaciones auténticas y duraderas que sostienen en la peregrinación espiritual y en la vida cotidiana.

Entre los desafíos más significativos en la actualidad están el individualismo, la creciente secularización y los cambios culturales que afectan a nuestras sociedades. Las hermandades y cofradías, que desempeñan un papel vital, tanto en la cohesión comunitaria como en la transmisión del Evangelio, afrontan hoy el reto de mantener relevancia y atractivo para las generaciones más jóvenes, al igual que para aquellos que se alejaron de la vida de la comunidad eclesial. En este sentido, las hermandades y las cofradías, en la vivencia fraterna de la piedad popular, pueden constituir un testimonio de esperanza, especialmente cuando, a través de sus prácticas de piedad, del ejercicio concreto de la caridad y de la capacidad para construir puentes de entendimiento y reconciliación, cumplen con su misión de ser signos auténticos de la presencia del Señor en medio de su pueblo santo; contribuyendo, además, en un tiempo fracturado, a la instauración de una cultura del perdón y de la fraternidad, en la que nadie resulta excluido.

Respondiendo a su vocación, podrán seguir siendo en la sociedad escuelas populares de fe vivida y talleres de santidad, “fermento” y “levadura” evangélica, y contribuir a suscitar la renovación espiritual que todos deseamos.

La amistad con Cristo: fuente de la verdadera alegría

La santidad a la que llama el Señor, vivida en el seno de las hermandades y cofradías, tiene como referencia la alegría. A tal propósito, las palabras de san Pablo a los cristianos de Filipos continúan siendo vigentes hoy en día: «Alégrense siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrense» (*Flp* 4,4). Y el Papa Francisco nos explica que, no obstante, haya «momentos duros, tiempos de cruz, [...] nada puede destruir la alegría sobrenatural, que “se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo”» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 125). Es esta la alegría que se vive en comunión; se comparte y se reparte; se percibe y se multiplica en el ejercicio del amor fraterno.

Es a través de la adoración a Dios en la liturgia, de la participación en los sacramentos, especialmente en la Santa Misa de los domingos, de la dedicación a la oración y del compromiso de vivir de acuerdo con los principios de la fe como las hermandades y cofradías siguen encontrando alegría, inspiración y fortaleza para enfrentar los desafíos de la vida y ayudar al crecimiento de la relación de los hermanos con Dios. Por eso resulta especialmente importante que la liturgia, y específicamente la Eucaristía, fuente y cima de la vida y de la misión de la Iglesia tengan un lugar preeminente en la vida de sus asociaciones (cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 11).

Además de la vida litúrgica, también forma parte fundamental de la vida de ustedes como hermanos y cofrades la piedad popular «presente de diversas formas en todos los sectores sociales [...], “refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer”» (*Documento de Aparecida*, 258), porque la piedad popular es una realidad viva en la Iglesia y de la Iglesia. Su fuente se encuentra en la presencia continua y activa del Espíritu de Dios en el organismo eclesial; su punto de referencia es el misterio de Cristo Salvador; su objetivo es la gloria de Dios y la salvación

de los hombres; su ocasión histórica es el “feliz encuentro entre la obra de evangelización y la cultura”.

Por eso, la Iglesia, y en modo especial el Papa Francisco, tienen gran estima por la piedad popular y sus manifestaciones. Ha llamado la atención a los que la ignoran, la descuidan o la desprecian, para que tengan una actitud más positiva ante ella y consideren sus valores; no ha dudado, en presentarla como “un verdadero tesoro del pueblo de Dios”.

Dado que la fe ha moldeado los hábitos y prácticas religiosas que se viven en el seno de las hermandades y cofradías, es apropiado que los padres transmitan a sus hijos este espíritu sencillo y fuerte, viviendo su relación con Dios en todas las circunstancias de la existencia, no sólo extraordinarias, sino también en las de cada día. Por esta razón, no es de extrañar que la pertenencia, desde la infancia, a las cofradías y hermandades, que forma parte de la más íntima identidad familiar, se herede de padres a hijos.

Las prácticas y celebraciones de la piedad popular son una manera de expresar la fe en una amplia gama de expresiones; éstas han ejercido y ejercen una gran influencia en la identidad de los pueblos y en la expresión externa de la fe profesada, y se han convertido en la manera con la que, desde tiempo inmemorial, el pueblo de Dios ha manifestado su amor y devoción al Señor, ha enriquecido su vida espiritual y fortalecido su identidad cristiana en medio de cada cultura, convirtiéndose en un ámbito privilegiado para el encuentro personal con el Señor. La religiosidad popular —recordaba el papa Benedicto XVI en su discurso inaugural en Aparecida—, “es expresión de una piedad cristológica bajo distintas formas: el amor a Cristo sufriente, al Dios de la compasión, el Dios que nos ama hasta entregarse por nosotros, el amor al Señor presente en la Eucaristía, el Dios cercano a los pobres, el Dios del amor hasta la Cruz”.

Desde hace siglos, las hermandades y cofradías han sido también pilares fundamentales de la identidad del pueblo sevillano.

Muchas de ellas, promovidas por personas llenas de amor cristiano, se convirtieron pronto en asociaciones de fieles laicos dedicadas a poner de relieve algunos rasgos de la piedad popular vinculados a la vida de Jesucristo, especialmente en el misterio de su pasión, muerte y resurrección, a la devoción a la Virgen María y a los santos, uniendo casi siempre a estas manifestaciones, obras concretas de misericordia y de solidaridad. Las hermandades y la piedad popular pueden ofrecer hoy un consuelo espiritual y un sentido de pertenencia para que aquellos que buscan significado y trascendencia en sus vidas puedan encontrarse con Jesucristo, fuente de la verdadera alegría, porque cuando estas manifestaciones se traducen en expresión social, se convierten en un testimonio gozoso de la propia fe a los ojos de los no creyentes y en un estímulo para los débiles.

Testimonio de vida evangélica en el mundo actual

Las hermandades y cofradías, revitalizando con la luz del Evangelio la dimensión espiritual de las prácticas de piedad, siguen atrayendo a muchos a la fe, por la vía de la belleza y del amor eclesiales, al mismo tiempo que van entretejiendo una red de devoción, fraternidad y compromiso social que involucra cada aspecto de la vida de la comunidad. Estas corporaciones se han convertido así en faros constantes de la confesión de fe en tiempos de oscuridad y ejemplos vivos de compasión cristiana, «a fin de que la señal de Cristo resplandezca con más claridad sobre la faz de la Iglesia» (CONC. ECUM. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 15). Como organizaciones de la Iglesia, las cofradías han fortalecido los lazos comunitarios, pero también continúan todavía hoy desempeñando un papel importante en la vida cultural y política. En América Latina, por ejemplo, las hermandades han ejercido un papel crucial en la evangelización y en la preservación de la identidad cultural de las comunidades locales. En este sentido, el Papa Francisco pone de relieve que «las formas propias de la religiosidad popular son encarnadas, porque han brotado de la

encarnación de la fe cristiana en una cultura popular» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 90).

En este Congreso, ustedes se reúnen no sólo para celebrar sus tradiciones, sino también para reflexionar sobre su significado en el mundo contemporáneo, recordando, como enseña el Papa, que «en la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar» porque «las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un *lugar teológico* al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización» (*ibíd.*, 126).

También hoy, las hermandades y la piedad popular han experimentado cambios significativos, debido a la influencia cultural y a la globalización. Si bien algunas tradiciones se han mantenido intactas, otras han ido incorporando nuevas formas de expresión y participación. Pues la piedad popular «se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal» (*ibíd.*, 122). Su capacidad para expresar la fe a lo largo del tiempo es un testimonio de su relevancia perdurable en la vida de la Iglesia y en la experiencia religiosa de los cristianos. Estas instituciones han resistido la prueba del tiempo, manteniendo viva la llama de la fe y del amor en un mundo en constante cambio. En la secularización que amenaza a nuestra sociedad, la piedad popular, siendo «una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros» (*Documento de Aparecida*, 264), constituye «una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe» (*ibíd.*).

Conclusión

En medio de estos cambios y desafíos contemporáneos, la Iglesia los necesita especialmente a ustedes, queridos amigos y amigas, para llevar el anuncio del Evangelio de la caridad a todos, recorriendo caminos antiguos y nuevos.

Que sus hermandades y cofradías, arraigadas en el sólido fundamento de la fe en Cristo, con la singular multiplicidad de dones y la vitalidad que las distingue, han de seguir difundiendo el mensaje de la salvación en medio de la sociedad, haciéndose presentes en las múltiples fronteras de la nueva evangelización. Es crucial, para ello, recordar y reafirmar los valores fundamentales que han definido la piedad popular a lo largo de los siglos; valores que no son meros principios abstractos sino los cimientos sobre los cuales se construye la propia misión como comunidad cristiana de fe, llamada permanentemente a la santidad.

La Santísima Virgen María es transparencia de esta santidad. En su mirada materna encontramos la mirada misericordiosa que Dios dirige a cada uno de nosotros. A ella, Madre del Redentor, Virgen de la Esperanza, encomendamos los frutos de este Congreso, para que el Señor conceda a todas las hermandades y cofradías renovarse en el amor a Dios y a los hermanos.